**Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.**

**© Santiago Martín, 1996** **© Editorial Planeta, S. A., 1998** **Córcega, 273-279, 08008 Barcelona** **(España)**

**Diseño de colección: Pati Núñez** **Realización cubierta: Departamento de Diseño de Editorial Planeta**

**Ilustración cubierta: Virgen Glikocilusa, arte bizantino ruso, Moscú**

**Primera edición: octubre de 1996** **Segunda edición: diciembre de 1996** **Tercera edición: febrero de 1997** **Cuarta edición: mayo de 1997** **Quinta edición: setiembre de 1997** **Sexta edición: febrero de 1998**

**Depósito Legal: B. 8.468-1998** **ISBN 84-08-01911-2**

**Composición: Víctor Igual, S. L.**

**Impresión: Liberduplex, S. L.** **Encuadernación: Serveis Gràfics 106, S. L.**

**Printed in Spain - Impreso en España**

**Índice del libro**

1. Tenía quince años - 15
2. El día después - 27
3. José, un novio sorprendido - 45
4. La exaltación de la esclava - 59
5. De nuevo en casa - 71
6. Los senderos torcidos - 81
7. El verbo se hizo carne - 95
8. El grito de Raquel - 113
9. Educar a Dios - 125
10. Treinta años de gloria - 141
11. El amor se hizo público - 159
12. Desde la retaguardia - 177
13. De pie, junto a la cruz - 203
14. La hora de mis hijos - 249
15. Epílogo - 263
16. Nota final - 265

**TENÍA QUINCE AÑOS**

Yo tuve una vez quince años. Hacía unos meses que había empezado a ser mujer. Recuerdo, a pesar de haber pasado tanto tiempo y tantas cosas, la ternura de mi madre, Ana, y la sua- ve firmeza de mi padre, Joaquín.

Precisamente aquel día era sábado. Mi padre ha- bía ido a la sinagoga a escuchar, como siempre, la lectura de un texto de la Torá y la explicación que daba el rabino. Mi madre y yo también solíamos ir y nos quedábamos muy juntas y atentas tras la celosía que separa a hombres y mujeres. Ese día, sin em- bargo, no habíamos podido estar, así que esperamos a que Joaquín volviera para que nos dijera lo que ha- bía oído.

Caía ya el sol y terminaba el sábado cuando mi padre nos recordó el texto que se había leído en la sinagoga. Era del profeta Isaías, uno de mis favori- tos. Con voz solemne y cantando más que recitando, Joaquín dijo:

«¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia salvación, que dice a Sión: “Ya reina tu Dios!” Una voz! Tus vigías alzan la voz, a una dan gritos de júbilo, porque con sus propios ojos ven el retorno de Yahvé a Sión. Prorrumpid a una en gritos de júbilo, soledades de Jerusalén, por-

que ha consolado Yahvé a su pueblo, ha rescatado a Jerusalén.»

Tras esto, mi padre nos explicó lo que había di- cho el rabino de nuestro pueblo, Asaf hijo de Coré. Era un hombre amable, ya muy mayor, pero siem- pre cariñoso con todos, especialmente con los ni- ños, así que yo siempre le escuchaba con gusto y mandaba interrumpir sus juegos a mis primos cuan- do él pasaba junto a nosotros en la calle para ir to- dos a su lado a besarle la orla de su manto.

Joaquín nos dijo, a mi madre y a mí, que Asaf ha- bía estado preocupado aquella mañana. Las noticias que llegaban de las ciudades en las que había desta- camentos romanos no eran buenas; se hablaba de tu- multos entre algunos de nosotros y se hablaba de co- mentando que en la lejana Jerusalén había mucha inquietud y que algunos rabinos habían dicho que la llegada del Mesías podía estar próxima, según se po- día deducir de cierta profecía que hacía referencia a su nacimiento en la ciudad de David, Belén. Asaf, tranquilo como era, no quería sembrar alarmas en- tre sus oyentes, entre otras cosas, como el mismo ha- bía recordado esa mañana, porque noticias semejan- tes se estaban produciendo desde que los romanos ocuparon Israel y aun antes, bajo la dominación de los sirios de Antioquía. Sin embargo, mi padre nos co- mentó que en aquella ocasión la voz de nuestro rabi- no parecía más intranquila que otras veces y que sus llamadas a la calma eran menos convincentes.

Algo se preparaba y gente como Asaf, como mi padre o como mi madre, lo intuían, sin saber exac- tamente de qué se trataba. Por eso el rabino había elegido el texto de Isaías, para darnos a los habitan- tes de nuestra aldea un mensaje de paz y de espe- ranza. Si el Mesías estaba al venir, como algunos de- cían, debíamos tener calma, porque su llegada sería la del príncipe de la paz. Cualquier otra actitud era, en el fondo, una falta de confianza en el Todopode- roso, en cuyas manos están siempre nuestras vidas.

A Ana, mi madre, y a mí, estas cosas nos apasionaban. Escuchábamos a Joaquín apretadas la una contra la otra, a la luz del fuego de nuestro hogar, en una noche de finales de Nisán hermosa y suavemente fresca. Las dos creíamos firmemente en lo que enseñaba la Torá y los demás libros sagrados, y Ana se había tenido mucho cuidado en enseñarme lo que significaba la fe en Yahvé, el amor y el respeto que le debíamos, y la necesidad de observar fielmente la Alianza que Él había pactado con nuestro pueblo. Por eso no nos extrañaba nada de lo que pudiera pasar, convencidas como estábamos de que, a un solo gesto de Dios, ni siquiera las poderosas legiones romanas podrían enfrentarse con el Mesías cuando éste apareciese en la tierra. Esperábamos su llegada y rezábamos cada día para que ocurriese lo antes posible, pero nunca antes de que fuese el tiempo indicado, el momento en que la voluntad del Todopoderoso lo hubiera previsto.

A mí, más que a mi madre, por mis quince años recién cumplidos, me gustaba soñar con el Mesías. También lo hacían mis compañeras y hablábamos de él cuando nos veíamos, sobre todo en la fuente del pueblo o cuando íbamos a lavar al arroyo. Pero yo deseaba ardientemente que ese Mesías fuera un mensajero de la paz y del amor de Dios, los dos sentimientos que mis padres siempre me estaban inculcando, mientras que casi todas mis amigas disfrutaban hablando de palacios y de grandes fiestas. Pero aún era peor con mis primos, con los que en más de una ocasión me había tenido que enfrentar porque parecía que el Mesías que ellos tanto anhelaban no era otra cosa que un caudillo militar. Cuando yo les hablaba de las cualidades espirituales que adornarían su alma, ellos se burlaban de mí y me tiraban de las trenzas diciéndome que todavía era una niña incapaz de entender lo que convenía al pueblo de Israel y que si yo me creía que un Mesías bondadoso iba a ser capaz de expulsar a los romanos de nuestra patria.

En fin, el caso es que aquella noche de un sábado de primavera, mi madre y yo escuchábamos atentamente a Joaquín, que nos estaba contando la predicación del rabino Asaf. Todo iba bien y se desarrollaba según el talante de mi venerado rabino y de mis padres, hasta que Joaquín dijo algo que nos sorprendió a mi madre y a mí. Dijo que, llegado un momento en su exhortación, Asaf pareció quedarse mudo. Había estado leyendo párrafo a párrafo el texto de Isaías y explicándolo a continuación, hasta que, de repente, al leer lo que estaba escrito, palideció, cerró el libro, se sentó y rompió a llorar.

Varios hombres del pueblo, entre ellos mi primo José, con el que mis padres me habían comprometido en matrimonio, y mi propio padre, se acercaron a él, pero no consiguieron sacarle una palabra. La asamblea se disolvió y no cesaron de hablar del asunto, intrigados por lo que pudiera haber leído Asaf. Como en casa de ninguno de nosotros se poseía un libro de Isaías, no se podía consultar el texto que tanto había impresionado a nuestro buen rabino, así que se decidió acudir a un hombre de Caná que vivía en nuestro pueblo y que no había ido aquella mañana a la sinagoga porque estaba en la cama con fiebres. Era un experto en el conocimiento de las Sagradas Escrituras y recitaba de memoria pasajes enteros, además de ser amigo de mi familia.

Mi padre, consciente de la intriga que estaba dando a su relato, hizo una pausa y nos miró atentamente. Las dos estábamos boquiabiertas, no digo asustadas porque Ana, mi madre, tiene tal fe en Dios que duda que algo logre turbar su ánimo. Pero sí francamente interesadas. Así que, Joaquín, después de un momento de silencio que aumentó la expectación, nos dijo que llegaron a casa de Adonías, el cananeo, y se lo explicaron todo. Cuando hubo escuchado el texto último que había leído Asaf, Adonías cerró los ojos y empezó a musitar en voz baja hasta que llegó al punto del relato en que se había interumpido el rabino. A partir de ahí, ya en voz alta, añadió:

«¿Quién dio crédito a nuestra noticia? Y el brazo de Yahvé ¿a quién se le reveló? Creció como un re- toño delante de él, como raíz de tierra árida. No tenía apariencia ni presencia; le vimos y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido he- rido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados. Todos no- sotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y Yahvé descargó sobre él la culpa de to- dos nosotros. Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era lle- vado y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca.»

Naturalmente que mi padre había podido recor- dar ante nosotras todo aquel largo párrafo porque lo había escuchado y meditado muchas veces, y ape- nas le bastó oírselo empezar a Adonías para recitar- lo él por lo bajo, acompañándole.

Joaquín nos dijo también que algunos de los que habían ido a consultar a Adonías no quisieron dar crédito a lo que él decía, porque eso significaría que el Mesías que había anunciado el profeta Isaías no era un Mesías rey, un Mesías libertador del yugo ro- mano, e incluso que hasta se podía entender que ha- bía sido traicionado por el propio pueblo elegido, lo cual era de todo punto absurdo e imposible.

De este modo, divididos y confusos, salieron to- dos de la casa del cananeo, más preocupados aún que cuando habían entrado.

Mi padre y José, mi querido primo y ya casi ma-

rido, volvieron juntos, subiendo la cuesta hasta nuestra casa, donde José dejó a mi padre no sin antes pedirle que me saludara en su nombre, lo cual siempre hacía que me pusiera colorada. El caso es que los dos se habían acordado de reconocer que Adonías no se había equivocado en texto y que, posiblemente, el Señor Todopoderoso reconocería, posible signo a nuestro rabino Asaf que le había sorprendido hasta el punto de hacerle enmudecer.

«Estamos en tiempos grandes, tiempos de Dios. No debemos temer porque el Señor nunca abandona a su pueblo. Pero debemos orar intensamente para que se haga en cada instante su divina voluntad.»

Así dijo mi padre, dando por terminado el relato, e indicándonos a continuación que era ya hora más que sobrada de acostarse. Le obedecí al instante y fui a ayudar a mi madre en las últimas faenas de la casa y luego me marché a mi habitación.

No podía dormir. Afuera cantaban los grillos. La luna era hermosísima y su luz se filtraba por la tela de saco que tapaba el ventanuco de mi habitación. No corría apenas aire y yo estaba tranquila, extrañamente tranquila, pues a pesar de lo que nos había contado mi padre, no me sentía inquieta. Con todo, no podía dormir.

Así que empecé a rezar. Algo dentro de mí me decía que el Señor estaba esperando una palabra mía. Se la di en seguida y le dije que si Él quería enviar un Mesías que no iba a ser como casi todos esperaban, que por mi parte me daba lo mismo. Yo no quería que su voluntad se adaptara a mis gustos, sino que aspiraba a ser yo la que me adaptara a los suyos. Le dije también que me daba mucha pena eso de que el Mesías iba a ser entregado en sacrificio por nuestros pecados, como uno de aquellos corderos que se matan en la noche de la Pascua, cuando recordamos la gesta que significó el origen de nuestro pueblo, la acción de Dios contra los primogénitos de los egipcios.

"Yo no entendía cómo podía venir un Mesías que tuviera como final el fracaso. Los argumentos de mis amigas, de mis primos y de mis mayores, a excepción de mis padres, me parecían cargados de razón. Me parecía lógico que Dios interviniera a favor nuestro, como había hecho en el pasado, en la época de los Jueces o de los Reyes, y que suscitara un jefe poderoso que devolviera la libertad y la grandeza a nuestra patria. Pero, como a mis padres, no me hacía ninguna ilusión recrearme en las imágenes de guerra y violencia, de sangre y desolación que forzosamente acompañarían esa liberación por muy victoriosa que fuera. Además, y ahora ya la cosa se complicaba, me parecía extraño y más raro aún que el Mesías que iba a venir tuviera que padecer en nombre de todos, siendo él inocente y nosotros los culpables.

Pero yo sentía muy fuertemente que aquella noche el Señor esperaba algo de mí, así que le dije a todo que sí. Le dije que por mí las cosas sólo debían hacerse según fuera su voluntad, y si Yahvé había dispuesto que así debían desarrollarse los acontecimientos, así los aceptaba yo y, como en ocasiones anteriores, me ofrecí para ayudar en lo que pudiera, sabedora de que lo que yo podía hacer era muy poco, jovencita como era y a punto como estaba de casarme.

Y entonces fue cuando ocurrió.

No había hecho más que pronunciar mi último sí cuando la pequeña habitación se llenó de luz. Todavía estaba arrodillada, con mi pobre ropa de noche que tengo cuando el frío me asusta. Bueno, sí me asusté, pero fue como si se tratara de un miedo que no es miedo.

El caso es que allí estaba él. Hermoso y brillante, lleno de paz. Ni por un instante pensé que po-"